

## EUGENIO VEGAS LATAPIE, DIGNIFICADOR DE LA POLÍTICA

POR

FRANCISCO DE GOMIS CASAS

### I. Su significación personal.

Eugenio Vegas Latapie es exponente de una gran vocación. En él se reúnen *un conjunto* de cualidades y *un carisma* especial que en la circunstancia que le tocó vivir tuvo una importancia decisiva y excepcional en nuestra más grave crisis nacional. Y su ejemplo queda como modelo de conducta para cuantos se sientan llamados a una actividad pública. Fausto Vicente Gella, en el prólogo que puso al II tomo de las memorias de Vegas, lo define así: Eugenio Vegas Latapie, *Dignificador de la política*.

Federico Silva Muñoz se refiere al viaje a Estoril el año 1947, de José María Ruiz Gallardón y Rafael Márquez, y al recordar las impresiones de su viaje, dijeron: «Gil Robles era un hombre fenomenal, pero espiritualmente cansado», «Sáinz Rodríguez, lo que fue siempre» (no pude saber lo que querían decir —dice—), «y Vegas era un apóstol» (Federico Silva Muñoz, *Memorias Políticas*, Ed. Planeta, pág. 40).

Esa vocación nace de una fe religiosa muy viva. Desde muy joven percibe la gravedad de la ofensiva anticristiana e intuye sus devastadores efectos; y de ahí su reacción. Como a Juana de Arco, un fuego interior le lleva a quemar etapas para acudir eficazmente a esta lucha. De familia piadosa y culta, pero sin especiales conexiones sociales, en sólo 6 años, de los 15 a los 21 años, se hace Abogado, gana las oposiciones a Teniente Jurídico, otras a Oficial Letrado del Consejo de Estado, y es nom-

brado Presidente de la Juventud Monárquica en el Madrid de 1930, donde no tenía ninguna anterior conexión. Simultáneamente, sus copiosísimas lecturas, una memoria felicísima, su capacidad para inter-relacionar conocimientos, sus condiciones dialécticas, y el arrebató de su fe le situarán en primera línea de combate frente a la Revolución anticatólica.

A raíz de la muerte de Eugenio Vegas, la revista *Verbo* dedicó su número 239-240 del año 1985 a analizar la figura de nuestro amigo bajo diferentes aspectos de su personalidad, que se recogen en doce trabajos diferentes.

Aquí sólo voy a hacer unas sucintas referencias a lo que ha representado Eugenio Vegas en el pensamiento y en la acción política. Y distingo esta dualidad, por que hay en Eugenio el aspecto de pensador, de hombre de doctrina, y hay también el otro aspecto, el del político, de hombre metido en la acción política.

Su obra se contiene en seis libros, diversos trabajos dispersos y los dos tomos de las memorias publicadas hasta aquí, aparte de infinidad de cartas y ponencias de carácter político. Pero lo importante de esta obra es su mensaje político, que no fue sólo lo escrito, sino que se ejercitó especialmente por vía oral en las tertulias de *Acción Española*, de *Cultura Española* y de *La Ciudad Católica*, y aun en mensaje personal de amigo a amigo. No tenía la vanidad de las grandes definiciones. Acogía fácilmente las definiciones ajenas de reconocido prestigio que reflejasen su propio pensamiento, cuyas obras recomendaba y editaba a veces con cargo a su modesto peculio. Era un apóstol de los principios del Derecho público cristiano y obraba como apóstol, con sentido práctico, con sencillez, buscando sólo la difusión de la Verdad, sin buscar nada para sí; ni gloria, ni fama, ni dinero.

No es orador, pero es un gran dialéctico. Desprecia el *oportunismo*, que no es ni frío ni calor, que produce *moderados*, porque éstos —dice— son los que promueven las premisas que dan oportunidad a la acción demoledora de los radicales y demagogos. No es un filósofo, pero conoce todos los análisis que da la filo-

sófia a los problemas de la actualidad. No elabora consideraciones filosóficas, pero conoce como pocos, las ideas y pensamientos de los grandes autores. No padalea los conceptos, pero los impulsa con el corazón. Su mente es la de un jurista; apoya sus tesis con citas de autoridad, como quien se sirve de las sentencias del Tribunal Supremo; descubre el sofisma y lo demuestra. *Es hombre de principios*, opuesto por formación y por voluntad a los oportunistas, que son capaces de adornarse de todos los principios al servicio de su propio «Yo». Opone al «yoísmo» las instituciones enraizadas en la tradición y sostenidas por las grandes ideas del pensamiento católico; porque es ante todo esto: *un caballero católico español*, hijo fidelísimo de la Iglesia, cuyo objetivo es servir a su pueblo con la doctrina salvadora que sólo la Iglesia posee en grado eminente como depositaria de la Verdad de Cristo.

Ejerce un verdadero apostolado, no hacia la vida religiosa, sino hacia la acción política. «*Politique d'abord*», que diría Maurras. Sigue a Pío XI en la idea de que la actividad política constituye «*la caridad más alta*», si se ejercita en bien de la comunidad y a mayor gloria de Dios. Su apostolado está lleno de pensamientos profundos, y recoge de sus lecturas lo que pudieran ser definiciones lapidarias de principios fundamentales, que utiliza reiteradamente con pedagógica insistencia, a manera de axiomas (antitéticos de los sofismas hoy aceptados comúnmente como verdades), y que utiliza como principios básicos indispensables para reinstaurar la Verdad católica en la conciencia pública, hoy monopolizada por la Mentira revolucionaria que está en vías de arruinar a nuestra civilización.

Hay vocaciones y aptitudes especiales que suscita la providencia y que tienen una superior trascendencia. Entre ellas yo sitúo a Eugenio Vegas Latapie. El es quien por sus cualidades da la orientación que tuvo *Acción Española* con aquel suplemento de acción, de entrega, de sacrificio, de iluminado, que tiene todo apóstol. Sus gestiones para la fundación de *Acción Española* las detalla en el prólogo de sus *Escritos Políticos*: fue el General Orgaz quien facilitó el primer dinero para sacar *Acción*

*Española*, e incluso dice que durante la Cruzada, facilitó los obreros indispensables para la impresión de *Defensa de la Hispanidad*, sacando a esos obreros del frente en que se encontraban; y que envió a las Academias de Oficiales Provisionales centenares de *Defensas...* para regalar entre los alumnos más destacados. (Carta 22-IV-1942). Es decir, Vegas Latapie encontró en el Ejército, un eco patriótico absolutamente coincidente.

Recorre a la iniciativa del mayor número de personas afines, de talento, que como Ramiro de Maeztu, Víctor Pradera y otros de eminente cultura, con la luz de sus nombres y sus colaboraciones magistrales, presiden y dan prestigio y cohesión a la nueva entidad. Fue el impulso de fuego, el corazón ardiente que, conociendo como pocos todas las riquezas de pensamiento de los grandes autores católicos y la Verdad que encierran, contribuye eficazmente a su difusión actualizada a través de *Acción Española*.

¿Qué fue, qué representó Eugenio Vegas en *Acción Española*?

El Marqués del Valdeiglesias, Consejero de Estado y Letrado Mayor del Consejo de Estado, Director de el diario *La Epoca* durante la República y asiduo colaborador de *Acción Española*, dice: «A final de 1931 se fundó *Acción Española*. Fui socio fundador de dicha fundación que presidió el Marqués de Quintanar, e inspiró y organizó Eugenio Vegas Latapie» (Marqués de Valdeiglesias, *Escritos sobre la Instauración Monárquica*, Ed. Biblioteca del Pensamiento Actual, 1955, pág. 12).

En un artículo dedicado a los *Hombres de Acción Española*, del año 1937, José Félix de Lequerica, futuro Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno del Generalísimo, escribe: «*Todos los movimientos políticos suele ir precedidos de movimientos ideológicos*»... Sin la Enciclopedia no hubiera surgido la Revolución. De hecho, la Enciclopedia sigue mandando en el mundo liberal, cuando nadie la lee, ni siquiera ha visto uno solo de sus volúmenes. En España, el más fuerte aparato levantado contra la Enciclopedia y su obra ha sido *Acción Española*.

Se refiere a la salita de reuniones de *Acción Española*, y dice: «Viendo a Eugenio Vegas, sí podría pensarse en la vic-

toria segura. Rara vez una voluntad semejante se había asociado a mente de más plena capacidad de comprensión política, ni andaron por el mundo dos docenas de personas sabiendo mejor lo que quieren, y queriéndolo de veras, y escribiéndolo o diciéndolo en más castigado estilo...». «... Como Vegas debían ser —añade—, los españoles de los grandes siglos... Seres adornados de todas las superioridades del espíritu... Hombre providencial, Vegas, sin cuyo idealismo pragmático y ejecutivo no tendríamos montado el aparato espiritual de la gran revolución reformadora de nuestra Patria» (*El Diario Vasco*, San Sebastián, 18-VII-1937).

## II. Su pensamiento político.

Como pensador, Eugenio Vegas pertenece a la escuela tradicional, que se ha nutrido de los grandes pensadores que pertenecen a la escuela del Derecho Público Cristiano, como Balmes, Donoso, Menéndez y Pelayo, Vázquez de Mella, Nocedal, Aparisi, y un largo etcétera que se remonta a los grandes pensadores y polemistas católicos.

¿Cuál fue su pensamiento? En un ligero esbozo: toda actividad seria se fundamenta en unos principios; sin principios no hay acción coherente posible, ni hay energía vital que anime a una acción que no sea puro egoísmo existencial. Repite incansablemente el pensamiento de La Bruyère: *«no hay hombres porque no hay caracteres, y no hay caracteres porque no hay principios»*. Por consiguiente, lo fundamental es el estudio de estos principios y su difusión. Recuerda la afirmación de Donoso Cortés: *«las sociedades se salvan con teorías luminosas»*, y añade con éste que *«cuando la idolatría del ingenio sustituye al culto austero de la verdad, no hay remedio posible; detrás de los sofismas vienen las revoluciones y detrás de los sofistas, los verdugos»*. En nuestra patria, y en otras muchas naciones, se hizo dolorosa realidad la premonición de estas profundas palabras, y los sofismas marxistas causaron ruina, muerte y desolación de inolvidable recuerdo.

Se adentra en lo más hondo del problema humano: «*En el fondo de toda cuestión política existe una cuestión teológica*», dice con Donoso Cortés y al unísono de otros muchos pensadores de la escuela tradicional, y aun del mismo Proudhon; en definitiva, el problema del hombre y su trascendencia.

Pero, se me dirá, este planteamiento de la política desde un ángulo religioso, con una visión sobrenatural enraizada en las enseñanzas de la Iglesia, como un enfrentamiento de principios antagónicos, con la esperanza puesta en unos principios, en los que se cree, como salidos de la entraña de la filosofía cristiana, de la fe en Cristo, y que Eugenio Vegas siempre ha considerado como el ideal político por el que merecía la pena luchar... ¿no es éste un planteamiento nostálgico, un sueño de la historia añeja, un salto al siglo XVI?

De nuevo traigo a colación una opinión que merece atenta consideración. Sánchez Albornoz, político republicano y eminente historiador, especialista en conocer al hombre a través de la historia, dice: «Es seguro que parecerá herejía anticientífica la idea que me ha asaltado muchas veces y que hoy viene de nuevo a mi mente, de que el Altísimo preparó a España para que sirviera sus altos designios de traer su fe al nuevo continente y de frenar a herejes e islamitas en el viejo. *Para quienes hemos conservado la fe ancestral, la Idea no es rechazable...*» (C. Sánchez Albornoz, *Aún - Del pasado y del presente*, Ed. Espasa Calpe-Austral, 1984, pág. 36).

Eugenio Vegas ama y defiende la libertad, la verdadera libertad, que es el don más preciado de todo cristiano, de todo ser humano; que es la raíz de nuestra dignidad, de la que dimana la fuente de nuestros merecimientos; pero libertad ordenada a la gloria de Dios y al bien común de nuestros semejantes, formando una unidad armónica para la promoción de todo el género humano. No libertinaje, que atropella al prójimo y es exponente del supremo egoísmo antisolidario; no libertad revolucionaria, que no quiere la libertad como fin, sino como medio para remontarse a la región altísima donde está la potestad suprema, «*instrumentum regni*» y así poder imponerse tiránicamente.

Plantea el problema del hombre contemporáneo, del hombre del Romanticismo, que es el que no cree en los dogmas, y cree erróneamente que no tiene pecado; y sobre esta supuesta bondad, *sustituye como guía a la razón por los sentimientos*, que son expresión inconsciente de todas nuestras apetencias, que pueden ser sublimes si están guiados por la razón hacia las virtudes que elevan a Dios; pero que dan licencia a todos los egoísmos y pasiones si no tienen un fin más alto que las apetencias insaciables del propio yo. Todo ello como consecuencia de la negación de Dios por la Revolución francesa y de la divinización que hizo del hombre, de su razón, en el Campo de Marte; Romanticismo que se caracteriza, dice, «por haberse puesto al servicio de la rebelión, del instinto contra la razón, de la sensibilidad contra la inteligencia».

Y de esta libertad sin dogmas y sin pecado original, deriva —según Sallière, Kelsen, Karl Schmitt y numerosos autores—, la teoría de la voluntad general y la democracia inorgánica, cuyos funestos resultados han sido denunciados, entre muchos, por Pío IX —«sufragio universal, mentira universal»—; por Donoso; por el propio Cánovas, etc.

Cree Vegas Latapie, como Salvador de Madariaga, que el bien común debe estar regido por verdaderas aristocracias del espíritu, es decir por los mejores, y como dice Madariaga: «¿Puede alguien rechazar esta aportación de *los mejores* al bien común?». Y para ello cree necesario estructurar la sociedad orgánicamente, coincidiendo con tantos otros autores de primera magnitud, y que ha sido puesto de relieve en un documentado libro de Gonzalo Fernández de la Mora.

Su organicismo queda reflejado en la iniciativa de lo que se conoce como las «*Bases de Estoril*», del año 1946 a las que prestaron su adhesión desde Salvador de Madariaga al Conde de Rodézno, así como Gil Robles y otras personalidades de gran relieve.

Analiza el problema de *los moderados*. «Sin ellos —dice— los radicales nunca triunfarían. Los primeros sientan las premisas destructoras, pero sólo admiten ciertas consecuencias, en tanto

que los radicales, más sinceros y lógicos, persiguen llegar a las últimas».

Pudiera decirse que en la realidad, el enfrentamiento de posiciones e ideologías, se traduce en constantes transacciones; que los que actúan como *moderados*, hacen concesiones en las que pierden totalmente el control, que pasa a manos de los radicales hacia la vorágine revolucionaria. Y aduce como ejemplo de gran relieve, el de Cánovas, ilustre gobernante, que por los condicionamientos de Castelar, llegó a una serie de concesiones más allá de lo que era indispensable ciudadela de sus convicciones, que procuró soslayar con un montaje artificioso, pero éste acabó desintegrándose bajo los hachazos purificadores de Antonio Maura.

Cánovas se vio impelido a implantar el sufragio universal sin discriminaciones razonables, no obstante su anterior y clarísimo diagnóstico de todos los peligros y acechanzas de tal planteamiento; no obstante que en sus conferencias del Ateneo, anteriores a esa fecha, en 1871, había dicho textualmente: «El sufragio universal será siempre una farsa, un engaño a las muchedumbres... será, en estado libre y obrando con plena independencia, comunismo fatal e irresistible». (E. Vegas, *Consideraciones sobre la Democracia*, Ed. Afrodisio Aguado, 1965, pág. 254). Y en 1890, el mismo Cánovas, en otra de sus conferencias, dijo: «No; no ha de existir, como existirá ya por indefinido tiempo el sufragio universal, sin que un poco antes o un poco después, el socialismo de Estado, que hoy tanto se anatematiza por algunos demócratas inocentes, se ensaye por medio de cualquiera de sus fórmulas conocidas o de otras nuevas». (E. Vegas, *Romanticismo y Democracia*, Ed. Cultura Española, 1938, pág. 102).

En las Constituyentes de la Tercera República francesa, Henri Lasserre, advertía: «Llegará la hora en que las clases ignorantes serán las únicas representadas en el poder; todas las demás serán excluidas sistemáticamente y serán minoría en todas partes... El mundo social será derribado bruscamente y por igual... El impuesto sobre la propiedad será votado con exclusión de los propietarios... La transmisión de las herencias y retorno de la riqueza a la comunidad social, quedarán regulados por individuos sin

patrimonio... Los bandidos ocuparán el Ministerio de Justicia y nombrarán a los magistrados. *Los ladrones tendrán bajo sus órdenes a la gendarmería*» (Henri Lasserre, «De la Reforme et de l'Organisation du Suffrage Universel», cit. E. Vegas, *Consideraciones sobre la Democracia*, pág. 297). Y como complemento de lo anterior, recordar la necesidad del sufragio profesional y orgánico, sufragio cualitativo y no cuantitativo, es decir, como dice Madariaga, «se ha de asegurar que el Gobierno sea una aristocracia», o que «esté en manos de los mejores», por que los criterios de Gobierno se han de regir por su peso y no por el número de las opiniones, por la calidad y no por la cantidad. (E. Vegas, *op. cit.*, págs. 164-173).

Cuando la iniciativa pasa a manos de los revolucionarios radicales, las sociedades sólo pueden salvarse por la voz de alerta de los iluminados que vislumbran el abismo en el que se agitan las pasiones dejadas a su libre arbitrio. En estos momentos aciagos, los pueblos se salvan por los heraldos de la Verdad íntegra—sin claudicaciones—, y del sacrificio; y son siempre unos pocos los que destacan como adalides de las grandes reacciones nacionales.

Y recuerda las palabras de Tardieu, tres veces Presidente del Consejo de Ministros en Francia, que ante el desgobierno del democratismo inorgánico, exclama: «*De deux choses, l'une: ou l'on croit à la vérité, ou l'on n'y croit pas. Si l'on n'y croit, qu'on se taise!! Mais si l'on y croit, qu'on se batte!!*», ¡¡a luchar!! Y esa fue precisamente la razón de Eugenio Vegas para su lucha: *Creer en la Verdad*.

### III. Su acción política.

Eugenio Vegas fue también el apóstol de la Monarquía. Y era lógico. La Monarquía católica española fue la que encauzó y dirigió nuestra gran epopeya universal colaborando con la Iglesia, mientras la República representaba para España y para algunas monarquías católicas la entronización de los enemigos de la

Iglesia. Para España, no hace falta detallarlo: acabó con el holocausto de 13.000 sacerdotes y religiosos y 13 obispos y el incendio de todas las Iglesias y Conventos de media España. Análogo espíritu anticatólico tenía la República en Francia, que se concretó en unas leyes persecutorias implacables.

La Monarquía era para España garantía de la defensa de su catolicidad; incluso en el desgraciado reinado de Isabel II, siendo reina de catorce años, a una insinuación masónica de un familiar suyo de afiliarse a la secta para salvar la Corona: «No la quiero a este precio» contestó; que fue fidelísima defensora de la Iglesia: impuso a San Antonio M.<sup>a</sup> Claret como su confesor y consejero real, con la consecuencia de sucesivos nombramientos de Obispos piadosísimos y capaces; y a pesar de la violencia que le ocasionó el reconocimiento por su Gobierno del nuevo reino de Italia sobre las ruinas de los estados pontificios, mereció que Pío IX recompensara sus desvelos otorgándole la Rosa de Oro, máximo galardón pontificio. Y también Alfonso XIII, que quiso realizar la consagración de España al Sagrado Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles, asumiéndolo en su real persona, frente a las dudas del Presidente del Consejo, por ser un Gobierno de concentración con diversas ideologías, pero que acabó adhiriéndose a la iniciativa del Monarca, sumándose al Acto con todo el Gobierno. Y no digamos de Doña Virtudes, que fue el nombre popular con que se conoció a la Reina Madre Doña María Cristina. Y el propio Don Juan, que siempre declaró que la Monarquía sería católica, hasta que el ambiente preconiliar, y las nuevas disposiciones adoptadas por el Concilio, establecieron como más conveniente la separación de la Iglesia y del Estado; y dio testimonio de su fe con una muerte edificante. Este era entonces el significado común de la Institución monárquica.

Eugenio Vegas, que fue «novio de la muerte» al enrolarse en la Legión durante la guerra, que es un testimonio más de su entrega y sacrificio al servicio de sus ideales, puso al servicio de la Monarquía, toda la fuerza, empuje e iniciativa de su tenacísima capacidad de Apóstol: «Novio de la Monarquía» le llama

Pemán, en la dedicatoria de su libro «Cartas a un escéptico en materia de formas de gobierno».

No creo que haya otra persona que haya promovido una movilización intelectual tan eficaz en favor de la Monarquía, como Eugenio Vegas. La realidad de esta entrega tiene un alto referente en las palabras que le escribe el Conde de Barcelona cuando le nombra preceptor del entonces Príncipe de Asturias. Le dice: «Pienso que no es posible se despilfarte toda una vida dedicada al estudio y defensa de la Monarquía para el mejor servicio de Dios y de la Patria. Dada tu decisión de retirarte por el momento de la política ahora, podrías ser tú el Preceptor del Príncipe... No hay hoy en España quien haya acumulado con su trabajo un caudal de doctrina sana monárquica como tú y que tengo un deber en procurar que este tesoro no se pierda para España y la Monarquía» (Carta a Eugenio Vegas, 5-XI-1947). Y de nuevo recibe el respaldo del Conde de Barcelona, cuando se trata de completar los estudios del Príncipe, finalizada ya su formación militar. Le dice en carta de 20-VII-1960: «Supe (con disgusto) que no habías sido requerido para ir a dar unas conferencias al Príncipe, como era mi deseo, y espero que no te negarás a realizarlas el próximo año cuando se reanuden las actividades escolares. Nada es perfecto en esta vida y hay que apuntar muy alto para conseguir un poco»...

«¿Pero, qué Monarquía?», dice Vegas: «Monarquía corporativa...; mando de uno transmitido hereditariamente; consejos técnicos en torno al Rey; Cortes corporativas en que se refleje la organización corporativa de la sociedad; continuidad en la gestión; responsabilidad en los actos de Gobierno, competencia... Tales son las características de la Monarquía nueva que deseamos ver instaurada en España». (*Escritos sobre la Instauración Monárquica*, «Instauración, sí». De 16-VI-1934, Biblioteca Pensamiento actual, pág. 46). Y en otro lugar afirma: «no concebimos el estado cristiano, nacional y corporativo, más que siendo monárquico («Hacia un Estado nuevo», *Acción Española*, número 42, del 1-XII-1933, *Escritos políticos*, pág. 171). Y también, cuando compara las constituciones de España y Francia, de 1876

y 1875, en que el Rey constitucional reinaba pero no gobernaba, como el Presidente de la República Francesa, cuyo mandato era de siete años, dice: «En España, la suprema magistratura honoraria, era vitalicia y hereditaria. Esta sola continuidad, hace ciertamente, que la monarquía democrática o república coronada, sea menos mala que la república sin coronar, debido a que como escribíamos en dicho Editorial, *la Monarquía, aunque sólo se conserve su nombre, ejerce el benéfico influjo, de hacer el bien aún sin querer*». (*Escritos sobre la Instauración de la Monarquía*, «Los Monárquicos de 1923», de 28-III-1934, Biblioteca Pensamiento Actual, pág. 128).

Gonzalo Fernández de la Mora en unas recientes memorias *Río Arriba*, de gran interés, se plantea, en pugna con sus raíces, la siguiente pregunta: *¿Es la Monarquía hereditaria la forma de gobierno ideal?* y su conclusión final es negativa. Aunque, refiriéndose al pensamiento de Von Stein sobre la Monarquía, dice: «Me impresionó el raciocinio del pensador germánico. La Monarquía, por tenerlo ya todo por encima de cualquier clase o grupo, es la única institución autónoma capaz de hacer justicia social entre los diversos intereses contrapuestos. *Claro que tal argumento sólo es válido para el rey que gobierna, no para una monarquía paritocrática, es decir, meramente suntuaria o "república coronada" como la caracterizaba los doctrinarios de Acción Española*» (Gonzalo Fernández de la Mora, memorias *Río Arriba*, Ed. Planeta, pág. 90).

Para Eugenio Vegas y para *Acción Española*, la cosa estaba clara. La «República coronada» conserva algún contenido de la Monarquía —la continuidad hereditaria, alguna presencia de la tradición y del buen hacer de la Familia Real, el alejamiento de los partidos de la cúpula del Estado—, pero no es el ideal, ni es verdadera Monarquía; y consideran que acaba convirtiéndose en mero estadio de transición hacia la república laica y revolucionaria.

Vegas, como Balmes, es partidario de una Monarquía en la que el Rey reina y gobierna, aunque temperada su autoridad por las estructuras del Estado; y no sólo que gobierne, sino que lo

haga según los principios del derecho público cristiano. Es decir, se refería a España y a su Monarquía Católica, avalada por la historia. *Vegas luchó pues por la Monarquía católica, y creyó que sería posible alcanzarla en los primeros años de la post-guerra, ante el vigor y el heroísmo del pueblo español en defensa de su religión, que dejó momentáneamente arruinado todo diletantismo racionalista o jacobino.*

En carta que me dirige con fecha de 1 de enero de 1949, después de haberse separado de la acción política, me expone algunas ideas de síntesis que definen perfectamente la trayectoria de su vida, y su pensamiento. Dice así:

«A la vida hemos venido, no para no hacer nada malo, sino para hacer cosas buenas y la cosa buena por excelencia, que encierra todas las demás que pueden hacerse, es trabajar por el reino de Dios. Ya sabes, que en mi teoría, ni la patria, ni el Rey, son fines sino medios en servicio de los ideales religiosos. "Mi patria, escribió muy acertadamente el francés Huysman, es el lugar donde me dejan rezar mejor". Y en cuanto a la Monarquía, si está inspirada y fundamentada en la concepción cristiana de la vida, es la forma mejor de asegurar el progreso y tranquilidad cristiana de los pueblos. "Los pueblos, escribió Pío X, son lo que quieren sus gobernantes". Pero para eso hace falta que los gobernantes sientan su misión como una verdadera "misión". La Monarquía *puede* dar esos gobernantes, y para colaborar a este futuro —el presente no estaba en mi mano—, acepté el estar al lado del Príncipe. En cambio, como dice nuestro Donoso Cortés, "el régimen electivo es de suyo tan corruptor que todas las naciones en que ha prevalecido han muerto estranguladas". Las Repúblicas son siempre malas, unas peores que otras, claro está, y en cambio las Monarquías *pueden ser buenas*, aunque desgraciadamente haya habido muchos Reyes que no han estado al alcance de su misión».

Eugenio Vegas se separó de la política cuando creyó que en la nueva fase suscitada por la guerra fría, con un afianzamiento de Franco de largo alcance, no sería ya posible promocionar una política desde arriba, junto al Conde de Barcelona, sino que se

abría un período propicio a los oportunismos en el que se producirían fácilmente presiones y bandazos contrapuestos en perjuicio de la coherencia que permite salvaguardar aquellos principios que son esenciales para el bien común. Esta determinación de separarse de la política se produjo después de madura reflexión, en conciencia, y ante Dios, en unos ejercicios espirituales dirigidos por un eminente dominico, en Suiza, en septiembre de 1947.

#### IV. ¿Posibilidad de instaurar la Monarquía Católica?

Eugenio Vegas creyó, pues, que al terminar la Guerra civil sería posible restablecer la Monarquía Católica en su integridad. Esto no era una opinión aislada. Gil Robles, el jefe de la agrupación política más importante de la derecha, decía en el año 1933: «Nuestra generación tiene encomendada una gran misión. Tiene que crear un espíritu nuevo, fundar un nuevo estado, una nación nueva... La democracia no es para nosotros un fin, sino un medio para ir a la conquista de un estado nuevo. Llegado el momento, el Parlamento, o se somete, o le haremos desaparecer». (Vegas Latapie, «Hacia un Estado nuevo», *Acción Española*, de 1-XII-1933, *Escritos políticos*, pág. 170).

El doctor Marañón, o el mismo Cambó, se expresaban entonces con profundo desengaño sobre el liberalismo y sobre la necesidad de un retorno a la tradición. En una editorial del 27 de marzo de 1934, Eugenio Vegas cita el siguiente texto del doctor Marañón, publicado en *El Sol*: «los que hemos vivido nuestra juventud» —dice Marañón—, *en un entusiasmo liberal*, tenemos que tener ahora, el valor de reconocer que *casi todo lo que a nosotros nos movía, suena a música celestial* en los oídos de los que vienen pisándonos los talones en la vida. *El liberal tiene que reconocer noblemente, no el fracaso de la libertad, sino del liberalismo.* (*El Estado nuevo*, de 27-III-1934, Biblioteca del Pensamiento Actual, pág. 119).

Y Francisco Cambó, en noviembre de 1938, expone en sus

*Meditacions* unas ideas muy a fines a las del propio Vegas: «Creo —dice—, que la vuelta al liberalismo político de algunos estados gobernados hoy por regímenes totalitarios, no significará nunca un retorno a los principios absurdos de la Revolución Francesa, sino más bien a los sistemas orgánicos y bastante complejos de siglos atrás, a base de que puedan convivir un poder fuerte arriba, y una sociedad organizada a base de municipios, comarcas y regiones, y al mismo tiempo en agrupaciones profesionales de las cuales no se hallen excluidas las instituciones culturales públicas y privadas. (*Meditacions*, Ed. Alpha, pág. 428). Y al mismo tiempo Cambó se manifestaba opuesto a toda claudicación o revisionismo del resultado de la contienda; «Prieto propone nada menos —dice— (en el año 1944), que la suerte definitiva de España después de acabada la Guerra Mundial, la decida un plebiscito... Y añade Cambó: «La guerra —la terrible, la espantosa cosa que es una guerra—, tiene sólo una ventaja, la de crear, por un período, generalmente largo, un *statu quo sólido*, basado en el hecho brutal, pero indiscutible, de la victoria, que consagra en el vencedor el elemento esencial —¡no único!—, para toda estabilidad: ¡la fuerza!» (*Meditacions*, Ed. Alpha, pág. 1442).

Sánchez Albornoz, el que fuera Jefe de Gobierno de la República Española en el exilio y gran historiador, todavía en el año 1975, próximo ya a la transición, hace estas sorprendentes afirmaciones: «He hecho el elogio entrañable del *sistema demoliberal y parlamentario*. Pero he señalado a la par, lo inexorable de su caducidad. Hoy me atrevo a calificar de necio el intento de volver a él en España con las características de hace medio siglo» (Sánchez Albornoz, *Mi testamento histórico-político*, Ed. Planeta, pág. 169).

Es natural, que en este contexto de pensamiento, Eugenio Vegas, al amparo del espíritu y de la fuerza de la victoria, confiara en la posibilidad de restaurar la Monarquía católica con unas instituciones que aseguraran su viabilidad y perduración; y así, en «Vox clamantis in deserto», que incluye en la antología de *Acción Española* del año 1937, dice: «Hemos de exigir que los que esterilizaron nuestros trabajos, ahogaron nuestra voz y

nos entregaron indefensos a manos de la barbarie, *no vuelvan a influir en la dirección de los destinos públicos...*». «Hemos de prometernos la extirpación radical de toda ideología, que al apartarse de la Verdad, nos acerca a la muerte sin honor...» (Antología de *Acción Española*, 1937, págs. 13 a 16).

En 1942 y en 1944 dice que si no se realiza la restauración en un breve plazo, se perderá la ocasión de perpetuar los ideales de *Acción Española*, que fue heraldo y vanguardia de los ideales del Alzamiento. Sólo con el espíritu vivo de la guerra recién terminada y con las asistencias entonces coincidentes de tantas personas de máxima autoridad, hubiera sido ello posible.

Sobre la situación en España en 1952, dice Gonzalo Fernández de la Mora: «El gran tema político era la orientación de la cultura española, cuestionada desde el propio Ministerio de Educación Nacional, cuyo titular, Ruiz Giménez, auxiliado por democristianos ambiguos y por falangistas en evolución hacia una vaga izquierda, como Tovar, Rídruejo y Lafín, pretendía encaminarla hacia un liberalismo revisionista de unificación doctrinal, fraguada en vísperas del alzamiento de 1936 y robustecida durante tres lustros. Desde *Ateneo* se trató de reconstruir la unidad en torno al ideario, reactualizado, de *Acción Española*; pero, desasistidos por los principales centros de poder cultural, público y privado, perdimos una batalla del pensamiento y se inició el camino que, a través de un lento desmantelamiento intelectual del Estado, desembocaría en su destrucción a la muerte de Franco. Muchos de los que entonces se enmascaraban de católicos o de falangistas, mostrarían, al fin y al cabo, su verdadera faz, ya demoliberal, ya socialista, ya comunista, y por cierto, agnóstica... Los actuales lodos vienen pues de una polvorienta lejanía. La historia no la determina el epigastrio, como creía Marx, sino el seso» (Gonzalo Fernández de la Mora, *op. cit.*, págs. 119-120).

Anulada toda posible acción política independiente, al quedar Franco comprendido dentro del planteamiento logístico de los anglosajones como consecuencia de la guerra fría, y quedando como única voluntad política, la de Franco, se había de producir la desvirtuación constante de los ideales preconizados por *Acción*

Española perseguida desde sus inicios, y suplantada con actuaciones tan equívocas como las de Ruiz Giménez —y afines—, y sus *Cuadernos para el Diálogo* (en los que irían a beber gran parte de los cuadros que realizaron la transición). Algunos de sus principales colaboradores, como Antonio Tovar, a quien nombró Rector de la Universidad de Salamanca, procedían de la izquierda y, en sinuosa trayectoria, quedaron disimulados bajo un falangismo táctico y circunstancial, en su camino de retorno hacia la izquierda, como administradores intelectuales del sacrificio de la guerra.

Eugenio Vegas previó, ya en el año 1948, los resultados de esta situación política, que suponía tendría un largo proceso y que sin una adecuada promoción de élites con formación doctrinal, se perdería una ocasión única para restaurar y conservar la Monarquía católica tradicional. Y él, hombre de principios y de formación jurídica, veía con escepticismo lo que llegaría a ser el futuro, que cada vez quedaba más en las solas manos de un oportunismo de clara orientación opuesta, mientras que a través de los años, se produciría la desaparición de las grandes figuras de la guerra y otras personas relevantes de formación monárquica, con lo que se disolvería la cohesión y la fuerza moral de la victoria, por el inevitable desgaste del Régimen y la recuperación de la oposición en el seno de la sociedad. Por esta razón se separó de la política para consagrarse a la difusión de sus ideales, porque *son las ideas las que salvan a los pueblos*.

Desaparecida la fuerza moral y política de la victoria, por el natural desgaste del gobierno, quedarían de nuevo frente a frente dos importantes sectores de opinión contrapuestos y con recíprocas posibilidades de enfrentamiento al desaparecer Franco del escenario. Es el mismo caso contemplado por Maeztu en 1926, en vísperas de la caída de la Dictadura de Primo de Rivera, cuando las circunstancias se presentaban tan comprometidas como en las fases finales del franquismo. Dijo entonces Maeztu, que el pacto entre la Monarquía y la Revolución le «parece indispensable para gobernar, en tanto existan en la población española, corrientes de opinión tan poderosas y antagónicas como los de

sus izquierdas y derechas, y sólo hay una manera honrada de gobernar a base de este pacto, y consiste en partir de la base de la necesidad de la coexistencia de los españoles, y en no ampliar la base electoral sino en la medida que se va abriendo camino en los espíritus la necesidad de esa coexistencia» (Ramiro de Maeztu, *Liquidación de la Monarquía Parlamentaria*, Ed. Nacional, 1957, pág. 13). Pero esta posibilidad o cautela electoral se soslayó en la transición.

Eugenio, hombre de pensamiento y de visión política, es antes un apóstol, un maestro de la política, que un táctico. Adoptar posturas de *moderado* en contradicción con sus esquemas de perfección, contradice a su naturaleza. El político tiene que atemperarse necesariamente al planteamiento de cada momento; como dice Menéndez y Pelayo, no es posible aplicar íntegramente las abstracciones ideológicas a la realidad, siempre mudable y contingente. Por esta razón, se separó de la política, para consagrarse a la difusión de los principios, «*porque son las ideas las que salvan a los pueblos*». Esta labor la reanudó con la fundación de *Speiro*, a través de su órgano de difusión, la revista *Verbo*, de sus círculos de estudios y de los congresos anuales de *La Ciudad Católica*, que tanto debe al sacrificio y entrega de nuestro entrañable amigo, Juan Vallet de Goytísolo.

Al separarse de la política, seguramente recordaría las palabras de Balmes, al fracasar el matrimonio de Isabel II con el Conde de Montemolín, con el que creía se hubiera podido poner un freno a los avances de la Revolución: «*dudo mucho de que pueda hacer el bien escribiendo de política (le dice al Marqués de Viluma). Las circunstancias han variado completamente. Falta la base... El objeto era un sistema cuya clave era el casamiento. Yo no puedo detener las borrascas que van a desencadenarse, ni nadie tampoco; quien lo intente, se estrellará... Se muestra usted poco dispuesto a mezclarse en política; hace usted bien, usted no sirve para cortesano; y esta no es época de hombres de Estado...*» (*Obras completas de Jaime Balmes*, Ed. Balmes, 1927, tomo I, epistolario, pág. 408).

Como en el pueblo judío, también en España, algunas mino-

rias rectoras a partir de la mitad del siglo XVIII, condujeron al pueblo español a la adoración de falsos ídolos y a desviarse de su misión, pero también aquí, como se lee del Libro de los Reyes, «queda siempre, para defender el futuro, un grupo de fieles que no han doblado las rodillas ante el ídolo (esta vez, la diosa razón, madre del democratismo inorgánico); como un resto de Sión que guarda la Alianza». La levadura es la que hace fermentar a la masa.

\* \* \*

Parece obligado hacer una referencia a un libro muy aireado recientemente. Me refiero al *Don Juan* publicado por un protegido de Eugenio Vegas Latapie en los inicios de su brillante carrera como periodista, Luis M.<sup>a</sup> Anson; y no porque el libro merezca una consideración en sí mismo, sino porque Eugenio Vegas aparece constantemente citado, pero como si la doctrina y las ideas a las que consagró su vida, y su misma significación política, fueran sólo aptas para el siglo XVI. Se le cita constantemente en el libro, pero como para utilizarlo caprichosamente, como signo de contradicción, y sin la consideración que se merece.

En el presente artículo se han aportado testimonios de grandes intelectuales y políticos que coincidían en la viabilidad y oportunidad de los planteamientos a los que Eugenio Vegas consagró su vida, para recuperar para el día de hoy los valores políticos de nuestra tradición y del derecho público cristiano.

El libro de que hablo, no es historia sino un ensayo sensacionalista que empequeñece y falsea a sus personajes, y que interpreta los hechos a su aire, los deforma y los viste de un lenguaje que parece salido de la Sección de Anuncios de «ligues» y de «relax» que publica ABC para su desdoro. Y no parece adecuado a la seriedad y a la figura de Eugenio Vegas Latapie y al testimonio de su pensamiento.

Es una pena que un brillante periodista, tan inteligente y aprovechado vendedor, se haya metido a historiador, cuando tan-

tos libros de historiadores con buena información han aparecido sobre el mismo tema, y se haya volcado hasta el delirio, utilizando la fuerza de un periódico como *ABC*, y con el relieve de ser su director, con toda su energía, para su propio lanzamiento. Lo verdaderamente excepcional del libro ha sido este lanzamiento y su marketing bajo un nombre que merece mayor respeto. Desearía no haberlo leído, por la tristeza que me produce la falta de amor de que adolece. Se comprende que Pilar Urbano escribiera que, después de leer el libro, sin saber porqué, se sentía un poco más republicana.